

Cuando hayais leído siquiera la historia de la humanidad que nos muestra á Roma opulenta y culta con sus millares de esclavos, atados á unos cuantos hombres libres, á quienes podia darse la muerte por un simple capricho, y á quienes se consideraba como de naturaleza inferior á sus señores nacidos expofeso para servirles; cuando veais que á medida que el catolicismo se infiltraba en las sociedades se suavizaban las costumbres, y el respeto, el amor y el sacrificio del hombre por el hombre se aumentaban, y que en proporcion que las sociedades despues de ser ilustradas por él se le separaban, estos sentimientos é ideas iban desapareciendo; cuando se vean con imparcialidad los acontecimientos que llenaron de luto á la Francia cuando el Señor y su Cristo fueron lanzados de los altares para adorar en ellos á la Diosa Razon; cuando todo esto se haya visto, entónces explicareis el enigma.

Nosotros que vivimos aun bajo la influencia del catolicismo, aun á pesar de muchos, no podemos ni figurarnos lo que sería la sociedad sin tal influencia. Resístese nuestro entendimiento á concebir como sea posible que sin ella lleguen á perderse las generales nociones de la moral relativas á la naturaleza de la Religion, de la sociedad, del individuo y de sus derechos, de suerte que por la simple luz natural no veamos lo ridículo del Paganismo, lo monstruoso del Panteismo, los absurdos y pésimas consecuencias del Ateismo, lo repugnante de la esclavitud, los deberes de la familia, la justicia de los contratos, las garantías de la propiedad, las nociones de la verdadera felicidad, del honor, del patriotismo; y no podamos constituirnos sin la enseñanza católica poco mas ó ménos como estamos con cierto órden público, garantizada la propiedad, castigados los crímenes, ménos los religiosos, protegido el matrimonio aunque sea como un simple contrato; pero

me ocurre la reflexion siguiente. No creyendo yo que los hombres que vivieron 1880 años antes que nosotros hayan tenido menor entendimiento, menos luz natural, ni menos ejercicio intelectual, testigos tantos artistas, filósofos, legisladores, oradores, poetas griegos y romanos, cuya habilidad de muchos, por ejemplo de Ciceron, en el arte de bien decir, y la de Tácito para narrar, la de Homero y Virgilio para cantar, está muy léjos de ser imitada por nuestros modernos oradores, historiadores y poetas; tengo razon para decir, que por mas que se ilusione nuestra época, si nosotros despues de diez y nueve siglos no hemos llegado, por mas que lo ha intentado el espíritu del mal, á las extravagancias antiguas; si conservamos todavía algo de buen sentido superior al de aquellos tiempos, si están mas morigeradas nuestras costumbres, si hay mas organizacion y prevision en nuestras leyes; si el hombre, su libertad y sus derechos se reconocen aunque cercenados; si no creemos en Marte, Venus, Júpiter, Baco; en una palabra, si siquiera por no creer en esas supersticiones ridículas y por no creer en Jesucristo, mejor nos declaramos ateos, no creo, no creo que esto sea debido á la superioridad de nuestro entendimiento sobre el de los antiguos; preciso es que este notabilísimo fenómeno tenga otras causas extrañas á la razon y al buen sentido de que no podemos suponer carecian los antiguos, al ménos antes de llegar á tales monstruosidades. Preciso es suponer que no habiendo existido otro fenómeno extraordinario que se lanzara sobre las ruinas del mundo antiguo mas que la fé del Crucificado, luego.....de rodillas ante el Crucificado. Luego esta victoria, esta nueva luz con que el mundo moderno, á pesar de mil sombras, se manifiesta superior al antiguo, es la que se desprende de la Cruz que se plantó sobre el Capitolio, y que incesantemente está desva-

neciendo las tinieblas del universo. Gracias á Dios, no estamos en esa noche universal que cubria toda la antigüedad donde apenas brillaba la estrella de Jacob. Hoy mueren y resucitan las sociedades porque su elemento de vida siempre vive, antes morian para jamás vivir.

Pero veamos un poco mas de cerca la influencia de los principios católicos sobre la gran familia social. ¿Qué pide por sí este gran cuerpo para su vida y estabilidad? Dos condiciones que le son de todo punto esenciales, orden y libertad. Orden, cuyo fruto es la paz; libertad, para que cada uno pueda libremente moverse en el círculo de sus derechos para alcanzar su fin; orden, que consiste en que cada cosa guarde su lugar y que debe ser procurado por el que rige la comunidad perfecta; libertad, por la que cada individuo pueda sin salir de su esfera, girar al rededor del bien comun, como los satélites que en el espacio van girando al rededor del Sol y al rededor de sí mismos con un movimiento uniforme é imperturbable.

Constituido el hombre en sociedad, político por su misma intrínseca constitucion, llamado á obedecer en todo tiempo á un poder que lo rija, le es imposible evadirse de esta ley de la naturaleza. La cuestion no es obedecer ó no obedecer, sino obedecer al orden ó al desorden, á quien tiene derecho ó á quien no le tiene. Dependier es una necesidad de todo ser finito. Entre rechazar la sujecion legítima, y caer en la tiranía, ó abrazar la obediencia legítima que nos pone en la libertad, no hay medio. ¿Qué ha hecho, pues, el catolicismo con relacion á estos dos polos de la sociedad? fijarlos para darles un movimiento regular. Sostener el equilibrio entre los que mandan y los que obedecen, librando á los unos del despotismo, á los otros de la anarquía, extremos á que ambos naturalmente propenden.

Hay en el fondo del corazon del hombre, dice Balmes, un

sentimiento fuerte, indeleble, vivo, que le inclina á conservarse, á evitarse males y á procurarse bienestar y dicha. Llámesele amor propio, instinto de conservacion, deseo de la felicidad, anhelo de perfeccion, egoismo, individualismo, bien claro es, que semejante sentimiento nos ha de llevar naturalmente á aborrecer la opresion, y á experimentar un desagrado por cuanto tiende á embargarnos, ó coartarnos el uso de nuestras facultades.

Pues bien, las ideas que el hombre se forme de su bienestar y dignidad, y los medios de que disponga para alcanzar aquel, y conservar ésta, he aquí lo que graduará la fuerza, determinará la naturaleza, fijará el carácter, y señalará la tendencia de todos estos sentimientos.

Dad pues al hombre las verdaderas ideas de su bienestar y dignidad, tales como las enseña el catolicismo, y formareis un buen ciudadano: dádselas equivocadas, exageradas, absurdas, tales como las explican escuelas perversas, y como las propalan los tribunos de todos los tiempos y países, y sembraréis abundante semilla de turbulencias y desastres. Decid, pues, á ese individuo, para quien la ley es una carga insoportable: que todo poder viene de Dios, y que por El reinan los reyes, y los legisladores decretan la justicia; que aun la muerte temporal expiando en esta vida sus crímenes es el tránsito para una eterna felicidad; decidle que la ley humana no es el resultado del capricho de los hombres, sino la explicacion de ley natural que se amolda en todo á la eterna; presentadle á los ejecutores de esta ley como á los ministros de Dios para el bien, como dice S. Pablo; añadid á todo esto esas frases dulces y consoladoras que la caridad sabe inspirar, y vereis al individuo someterse al poder constituido, obedecer las leyes, sacrificar sus sentimientos de rebelion, dominarse á sí mismo como señor de sus acciones

gozando de la verdadera libertad que consiste en la obediencia voluntaria, á veces heroica, á las leyes de la justicia. Suprimid al contrario esta enseñanza católica, é inculcadle que la autoridad no viene de Dios; que la sociedad y el Poder son el resultado de una alianza puramente humana, que no hay que esperar otras ventajas de la sumision á este Poder, mas que las que proporciona la misma sociedad, que la fuerza es la única garantía de la ley, que él es un pobre esclavo de la sociedad; cuando esto lleguen á entender los individuos, repelarán cuando puedan la fuerza con la fuerza cuando el obedecer no convenga á sus comodidades, cuando la sociedad no les proporcione ventajas materiales. El deseo de independencia personal sin mas dique que la fuerza, lanzará al hombre tarde ó temprano á la anarquía, á la revolucion, á la muerte de la sociedad.

Presentad por otra parte á los constituidos en el Poder esa doctrina católica, que comienza por enseñarnos que el que entre nosotros sea el mayor, debe portarse como el menor, poniendo como modelo al Maestro divino á los pies de sus mismos discípulos; diciéndoles que aunque no tuvieran Juez en la tierra lo tienen en el cielo, que serán juzgados por el Juez de los jueces y el Legislador de los legisladores; decidles que todos los hombres como hombres son iguales, y que el dominio sobre los demás no se les confiere mediante la eleccion de los otros sino para el bien de todos; desde el momento en que logreis infundir esta doctrina católica de un modo firme en el ánimo de los que están en el poder, el despotismo se retirará avergonzado; nacerá la libertad de los pueblos desde el instante en que el poder reconozca sus únicas, sus verdaderas, sus justas y legítimas atribuciones.

Pero se me dirá: sobran teorías, y esas teorías á cada paso las formula el buen sentido. Pero, decidme, ¿qué esclavo ó

libre entre los romanos se atrevía, ó pensaba estar siempre proponiendo á su gobierno estas nuevas teorías reprochando las suyas, alegando justa ó injustamente tantos derechos como hoy se reclaman? ¿Pensaba en esto aquel pueblo que creía como dogma de fé, pues esta es la expresion del que cree con firmeza, que la voluntad y el capricho del príncipe tenían fuerza de ley como consta en el *L. 1. ff. de Constitutione Principum*? Soñábase en aquel pueblo en esto en que por boca de sus filósofos, el esclavo se distinguía del dueño por la misma naturaleza como la hembra del varon, diciendo Aristóteles: que la naturaleza bien quiere procrear diferentes los cuerpos de los libres y de los esclavos, de suerte que los de estos sean robustos y á propósito para los usos necesarios, y los de los otros bien formados y á propósito para la vida civil? Oigan bien ésto los filántropos, que eliminando al catolicismo de la sociedad, quieren que en el cuadrante de los siglos retrogrademos 1800 años hasta el paganismo, para abrevarnos con su cultura envenenada. Ni se nos diga que estas teorías católicas son como otras teorías: porque á mas de las mil diferencias con que aventaja esta enseñanza á las demás, ha sabido por medio de mil sábias instituciones cuya existencia han palpado todas las edades, y cuyos monumentos existen aun, llevarlas á cabo hasta su completo desarrollo: á cada paso tropezareis con un monumento que realiza esta enseñanza divina: casi no hay verdad, ó teoría de perfeccion evangélica que no se haya visto realizada, sensibilizada por una institucion. El Clero Secular que es la institucion permanente, con los Ordenes religiosos que en diversos tiempos se han levantado para robustecer esta misma institucion, son los batallones del Dios de Israel á cuya cabeza el catolicismo ha salido á conquistar para el mundo la verdade

ra civilizacion. Y si alguna ó algunas de estas sábias instituciones ha degenerado en la práctica, porque ¿qué no degenera entre los hombres? el espíritu católico jamás se ha enervado. De esa gran cruzada es preciso que algunos deserten, es preciso que en esa gran lucha algunos mueran; pero nuevos ejércitos reemplazarán á los desertores y á los caidos y el Divino conquistador sigue y seguirá coronándose de nuevas victorias hasta que logre vencer á todos sus enemigos.

He aquí Señores las sencillas y pocas reflexiones que os prometí sobre la influencia vital del catolicismo en la sociedad. Y permitidme que ya descanse de la tarea tan difícil que me he impuesto, ilustrando todo lo antecedente con los filosóficos y bellísimos conceptos vertidos por el sábio Obispo á quien cité poco há. Despues de filosofar, como lo acostumbra en cuantas materias se propone, sobre la naturaleza de la sociedad, patentizando con un rigor estrictamente lógico, que ella tiene un corazon esencialmente religioso, así epiloga sus racionios el referido sábio: “¡Qué figura tan noble! ¡qué ser tan elevado! ¡Qué dignidad y qué grandeza representa el hombre en esta filosofía de la revelacion! Este no es el hombre de la filosofía materialista, de la pseudofilosofía atea, en la cual despues de pregonar con lenguaje enfático los derechos del hombre, se concluye por el hombre béstia, por el hombre animal, por el hombre máquina: y si alguna vez se menciona al hombre moral, es bajo la moral del Baron de Holbac ó de Helvecio, bajo la moral utilitaria, no bajo la moral de los libros Santos y del Evangélio; moral generosa que coloca á Dios en el centro del corazon como fin último del hombre, le impone deberes que, léjos de envilecerlo, lo enaltecen, y léjos de degradarlo, lo elevan y dignifican; moral en la que la obediencia es fuente de la libertad, y la libertad base del mérito: moral digna de Dios y

del hombre, en la que, al salvarse los derechos de Dios, se garantizan los del hombre; moral única porque es la verdadera, y la verdad es única. Bajo estos conceptos el hombre es eminentemente religioso porque es eminentemente moral: y esta moral y esta religion arreglan todo el ser del hombre, sus obligaciones y deberes para con Dios, para con la sociedad doméstica, para con la sociedad civil y universal. Esta moral, en fin, que coloca al hombre en su verdadero puesto en la creacion, solo la puede poseer la Religion verdadera que viene de Dios como la mas preciosa joya dada á los hombres: y esta Religion, á la luz resultante de todos los datos filosóficos, bajo la controversia mejor sostenida en el universo, es la Católica. Y he ahí porqué, al contemplar el grande ingenio de Tertuliano las profundidades de la naturaleza humana, exclama *¡Oh testimonium anime naturaliter christianæ!* como quien dice: es tan connatural al hombre la Religion cristiana, que ella está entrañada en su esencia. Y como la sociedad es natural al hombre, y al hombre connatural la Religion cristiana, infiérese que en la naturaleza de la sociedad se entraña la de la Religion: ó lo que es lo mismo; que en el corazon de la sociedad está la Religion.”

Jóvenes, amados jóvenes, especialmente á vosotros se dirigen mis pobres conceptos, á vosotros principalmente consagro mis pobres tareas, preciosísimos gérmenes que adornais este bello plantel, jóyas riquísimas que no muy tarde irán á hermosear la corona de la Esposa inmaculada del Cordero. ¡Qué feliz soy al contemplaros! vosotros tambien sois la esperanza de nuestra jóven Pátria tan hermosa como infortunada. Sí, por medio de esos principios católicos que aquí se os inculcan con tanta firmeza, me parece ya ver libre á mi cara Pátria de esa absorcion con que la amenazan sus naciones amigas: porque lo

he visto escrito, porque esta es la firme convicción de los que quieren robarnos con nuestra independencia nacional, nuestra religión, nuestras costumbres, nuestra individualidad; que mientras México sea católica, perfectamente católica, mientras viva entre nosotros la fé inmaculada, elemento robusto, fuente del verdadero bienestar y Patriotismo heroico, se levantará entre ellos y nosotros una muralla de hierro que jamás podrán quebrantar. Sed pues católicos si quereis tener Religión, Pátria, independencia, bienestar público y privado, pues todos los bienes os vendrán juntamente con el catolicismo.

BREVE NOTICIA

DE LA

ACADEMIA FILOSOFICO-TEOLOGICA

DE

SANTO TOMAS DE AQUINO.

El Ilmo. Sr. Dr. y Mtro. D. José María de Jesus Diez de Sollano y Dávalos dignísimo Obispo de esta Diócesis de Leon, movido por la Encíclica *Æterni Patris* de nuestro Smo. Padre el Sr. Leon XIII, de 4 de Agosto de 1879 y por las Apostólicas Letras dirigidas al Emmo. Cardenal de Luca en 15 de Octubre del mismo año, concibió el feliz pensamiento de establecer en esta Ciudad Episcopal una Academia filosófico-teológica, con el fin de cultivar, sostener y propagar, según la mente de su Santidad, la segurísima doctrina del Angélico Doctor Santo Tomás de Aquino. Para el efecto, con fecha 19 de Abril del presente año de 1880, se dignó expedir un Edicto sentando en él las bases para dicha Academia, y nombrando para la formación de sus Constituciones una comisión compuesta del Sr. Prebendado D. José María Velazquez, Presidente; y de los Sres. Presbíteros D. Ramon Valle Promotor fiscal de la Curia eclesiástica, D. Tiburcio Medina y D. Ponciano Perez, Bécas de honor del Seminario, y de su familiar el Sr. Presbítero D. José María Yermo y